

CAPITULO XXI

LA ORACION ES ACTUALIDAD DE AMOR DE AMIGO, DE AMANTE Y DE ENAMORADO

La oración es el amor en ignición; es el flamear del amor que abrasa e ilumina. Se sopla en la brasa para producir la llama. La oración es el soplo en la brasa del amor de Dios y enciende la llama, aun cuando no se vea la llama hasta después.

Del amor de amistad se dice que es entre iguales o hace iguales a los amigos cuando no lo son. El amor de amantes y enamorados comunica la igualdad cuando no la había y da la unión con mayor intensidad, sin comparación, que entre los amigos.

Los que se aman gustan de la mutua compañía; se miran, se hablan, se descan en la ausencia y procuran la presencia.

En la oración está el alma en la compañía del

Amado-Dios presente. El alma le mira dentro de sí y alrededor de sí, envolviéndola y empapándola en su bondad. El alma le mira y le escucha en silencio o hablándole, en ternura o en sequedad, en gozo o en tristeza y con la alegría interna, porque está con el Amado-Dios y sabe que cuanto la rodea es obra del Amado-Dios y todo lo hablará en alabanza del Amado y la acrecentará en deseo del Enamorado-Dios o con tristeza cuando teme no estar en la amistad y en el amor del Amado.

En la oración Dios se comunica y da indefectiblemente su amor, su bondad, sus perfecciones, las virtudes, haciéndose presente sensible o insensiblemente, pero Dios está presente y se da y se comunica al alma y está transformando el alma. El alma, aun sin darse cuenta, recibe a Dios y recibe su amor. El alma está a la escucha de Dios, a la espera de Dios, y sabe está presente en ella, como se está a la espera de la alborada, como está el cazador a la espera de la pieza, como la tierra seca espera el agua. Pero Dios ya está presente en el alma.

Es muy asequible y muy sencillo para todos estar advertida y atentamente esperando a Dios, en compañía de Dios, y mirarle, y escucharle, y hablarle. ¿Cómo esperamos a aquel con quien estamos? Esperamos su luz, su mirada.

Dios inflama al alma en la oración; prepara los ojos del alma para que pueda verle.

No podemos no amar el bien o lo que estimamos como bien. No podemos no amar y no desear ser amados. Dios nos ha creado para la posesión del bien y del amor.

Siendo Dios el Sumo Bien y el Amor infinito, cuando se ama el bien ya se busca a Dios; aunque sea inconsciente y por camino errado se busca el amor a Dios. En el amor al bien ya se ansía el bien.

Todos podemos orar. Todos debemos ser almas de oración, que es ser almas de amor. Aun el incrédulo ora indirectamente e inconsciente cuando busca el bien, el orden y la justicia.

En la oración se nos ofrece y se nos da el amor infinito, lo más grande que hay, sin comparación con nada.

Se ora porque se necesitan muchas cosas y porque se ama. La oración es petición y es amor.

Sólo Dios es el Maestro de la oración, como sólo Dios puede dar su amor.

Dios enseña la oración y da su amor al alma humilde, recogida y atenta; al que le busca y está con El; al que se lo pide y se dispone.

La oración es levantar la atención a Dios, y con

la atención el corazón, y amarle y desear amarle sobre todas las cosas. Ya decía Evagrio: *Si tú ambicionas la oración, renuncia a todo para obtenerlo todo* (Evagrio, *Apotegma*, 36).

La oración es pedir a Dios su amor, y en su amor, pedirle a El mismo, porque se le desea y se le ama. La oración es hacer las grandes determinaciones y propósitos. Con las jaculatorias propias o ajenas agradeciendo, suplicando o alabando se despiertan y consiguen el amor y las virtudes.

Con las determinaciones y ofrecimientos se prepara para la virtud. La oración es el momento de ofrecerse a aceptar el menosprecio, el sufrimiento y la calumnia. Los acepta el alma y se ofrece a sufrirlos si aún no los pide.

Estas grandes determinaciones o propósitos son el fruto inmediato de la oración y traen las virtudes y el mejoramiento de la vida y preparan el alma para todos los acontecimientos y pruebas que vengan. Vemos que Santa Teresa escribe: *El corazón me parece se me partía; y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle..., que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba* (Vida, 9, 1-3). Fue su grande resolución y firme.

Y éste es su consejo: *Puede en este estado ha-*

cer muchos actos para determinarse a hacer mucho por Dios y despertar el amor; otros. para ayudar a crecer las virtudes (Vida, 12, 2). Si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran a serlo y poco a poco ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Quierre Su Majestad y es. amigo de ánimas animosas... Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas el alma, da un vuelo y llega a mucho... Estas primeras determinaciones son gran cosa... No los enseñe (el maestro) a ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma a sólo cazar lagartijas (Vida, 13, 2-3).

Esto enseña al alma a estar prevenida para aceptar gustosa por Dios los menosprecios, las persecuciones y las calumnias como Jesús y por Jesús. Nada la coge ni de improviso ni desprevenida. Lo espera y aun llega a desearlo.

Basado en esta consideración San Felipe de Neri aconsejaba se tuviesen deseos grandes de hacer más aún que San Pedro y que San Pablo si fuese posible. Esto ayuda mucho... Se imaginasen en la oración ofendidos con injurias, molestias y hasta bofetadas y malos tratos y afrentas (Vida de San Felipe, P. Conciencia, parte I, l. II, cap. XV, números 240-241).

Quien a esto se determina y en eso se ejercita, ¿cómo no será humilde y manso, y sufrirá todos los desprecios y aun calumnias? ¿Cómo no acompañará contento a Jesús calumniado y coronado de espinas?

Aquí florecen todas las virtudes y se abrazan todas las mortificaciones.

Aconseja la Santa, y aconsejaba también San Felipe de Neri, que el alma se ayude con jaculatorias de petición, de deseos, de alabanzas y ofrecimientos; de suplicar al Señor le muestre su bondad. Las jaculatorias remueven y avivan el amor. Pueden ser estas jaculatorias propias o tomadas de los Libros Santos o de las vidas o escritos de los santos. Es echar combustible en la hoguera para que crezca y se intensifique el fuego. San Francisco pasaba la noche repitiendo afectuoso: *Dios mío, Dios mío, y todas las cosas.*

Pues lo seguro del alma que tuviere oración será descuidarse de todo y de todos y tener cuenta de contentar a Dios. Esto conviene mucho (Vida, 13, 10).

La oración no sólo es el amor y el trato de amor de amigo con amigo por íntimo y confiado que sea. La oración es, por encima de eso, trato de amor íntimo y confiado de amante, de enamorado, del infinito Enamorado.

Siempre los escritores espirituales nos muestran como la cumbre deseada de la oración y de la santidad llena de luz y de bellezas, el matrimonio espiritual de Dios con el alma; o sea la compenetración y unión más íntima y perfecta del alma con Dios. Para esta unión perfecta de amor con Dios hemos sido creados. Debe ser perfecta en la tierra y será gloriosa en el cielo. Dios la quiere y me insta a prepararme y aceptarla y Dios la hará. Si yo coopero y me ofrezco, Dios no dejará de hacerla.

Es unión tan íntima y perfecta del alma con Dios, que no es posible pueda comprenderla el entendimiento del hombre en la tierra ni aun el entendimiento de los que, habiéndose preparado y sido fieles, reciban esa misericordia del Señor. Porque no es posible comprender que la voluntad del alma esté unida a la voluntad de Dios y el entendimiento del alma esté unido al entendimiento de Dios tan íntimamente que sea una misma cosa con el entendimiento divino y con la divina voluntad sin perder su personalidad.

Es la suprema unión con el Sumo amar y con el Sumo entender. El alma es levantada a divinidad. Este es el dichoso fin del alma que se decide a tener oración mental por costosa que sea en los principios, al entregarse decididamente al amor de Dios saliendo de todo otro amor de mundo.

Si es amor supremo es el más íntimo. Es también el más regalado. *Son estos gozos de la oración como deben ser los que están en el cielo (Vida, 10, 3).*

El amor une y da confianza y aumenta el amor, aumentando también la confianza, y acrecentando el contento y el deleite del espíritu.

La oración no es sólo amor confidencial de amigos; es de amantes y enamorados. Los enamorados gustan de estar juntos y aun solos, porque están enamorados. ¿No gustará el alma deseosa de enamorarse de Dios de estar junto con Dios, el gran enamorado del alma? ¿No gustará el alma deseosa de enamorarse de Dios de dejarlo todo y olvidarse de todo y de todos y salir de todo para estar atenta a Dios, a solas con Dios, mirando que Dios la mira? Se siente feliz bajo la mirada de Dios y la mirada de Dios hace florecer las virtudes.

La oración no es discurso. La oración es actualidad de amor; unión de amor.

No es de los principiantes, sino de los perfectos lo que San Juan de la Cruz describe sobre esta unión del alma con Dios. Pero para llegar a esa añorada realidad se ha de empezar por el principio, determinándose a buscar a Dios por la oración y saliendo de las cosas para estar a solas con Dios.

Quiero para aliento mío y de los que leen esto,

recordar aquí sus mismas palabras y su altísima enseñanza, pues esto quiere Dios hacer conmigo, si yo quiero de verdad ser de Dios.

Pero es aquí de ver cómo el alma... tenga tan osada y atrevida fuerza para irse a juntar con Dios. La causa es que como... la propiedad del amor sea quererse unir, juntar e igualar y asimilar a la cosa amada para perfeccionarse en el bien de amor, de aquí es que no estando esta alma perfeccionada en el amor, por no haber llegado a la unión, el hambre y sed que tiene de lo que le falta, que es la unión, y las fuerzas que ya el amor ha puesto... la haga ser osada y atrevida según la voluntad inflamada...

La unión no es otra cosa sino alumbrarle el entendimiento con lumbre sobrenatural, de manera que de entendimiento humano se haga divino unido con el divino; y ni más ni menos informarle la voluntad con amor divino, de manera que ya no sea voluntad menos que divina, ni amando menos que divinamente, hecha y unida en uno con la divina voluntad y amor... Y así esta alma será ya alma del cielo, celestial y más divina que humana (N. O., libro II, cap. XIII, 9).

Nos dice el Santo el hecho realizado por el alma: *Porque como esta alma había de salir a hacer un hecho tan heroico y tan raro, que era unirse con su Amado divino, afuera, porque el Amado no*

se halla sino afuera en la soledad (N. O., libro II, cap. XIV, 2).

De esta manera sale el alma de sí misma y de todas las cosas criadas a la dulce y deleitosa unión de amor con Dios (N. O., libro II, cap. XVI, 14).

A estas cumbres de amor, a estas alboradas de cielo llama el Señor a las almas cuando las inspira y amorosamente manda que sean almas de oración. Y nunca deja el Señor de cumplir su inspiración, si el alma tiene el heroísmo y la perseverancia de entregarse con toda decisión para estar y tratar con Dios, teniendo muy presente que no se puede llenar el corazón de bagatelas, entretenimientos, dissipaciones de curiosidades de criaturas y al mismo tiempo del amor de Dios. Dios toma posesión del corazón para hacer sus maravillas de amor en el corazón vacío y limpio de todo apetito y totalmente entregado a Dios.

El alma que en la oración levantó el vuelo por la humildad y el amor, establece su morada en el pecho de Dios, morada de todos los deleites.

Porque Dios se entrega del todo al alma que se le ha entregado del todo.

Va mucho en que el alma que llega aquí conozca la dignidad grande en que está, y la gran merced que la ha hecho el Señor, y cómo de buena razón no había de ser de la tierra, porque ya pa-

rece la hace su bondad vecina del cielo, si no queda por su culpa (Vida, 15, 2).

La aspiración y el fin de la oración es conseguir la perfecta unión de amor con Dios y la fe da seguridad de que el alma, que se entrega a la oración, si no la abandona, conseguirá esa deseada unión de amor con Dios. En principio ya la oración es unión con Dios, unión de la voluntad y unión del entendimiento del alma con la voluntad y con el entendimiento de Dios por la atención. Fijo mis ojos y mi consideración en un objeto, y ya me uno por la atención al objeto. Cuando pongo mi atención en Dios y deseo a Dios, me uno con mi entendimiento y con mi voluntad a Dios.

Dios da cuanto promete y promete más de lo que puede soñar el alma. Santa Teresa dice: *Que esto tiene bueno este viaje, que se da más de lo que se pide ni acertaremos a desear (Camino, 23, 6).*

Dios ha prometido hacer su union con el alma, y no quedará por Dios si no llega a realizarse. Lo dice la misma Santa tratando de otra oración como preparatoria para ésta: *Hay muchas almas que llegan a este estado y pocas las que pasan adelante. Y no sé quién tiene la culpa. A buen seguro que no falta Dios (Vida, 15, 2).*

Toda oración es acto de amor a Dios, y acto de fe y vida de fe. Sería terriblemente desalenta-

dor vacilar, no confiar, dudar de la realidad del mismo con quien se está tratando y de la realidad del amor de Dios presente en el alma. ¿Cómo no admirar y amar a Dios, Bien infinito? ¿Cómo no entregarme todo cuanto soy a Dios, infinita bondad con quien trato?

Toda oración es realidad de fe y la fe me asegura que en la oración estoy con Dios y en Dios y que Dios, infinito en amor y hermosura, está conmigo, me mira y atiende aun cuando no le ven mis ojos ni le toco. Y sé que está infinito en todo bien y en toda perfección, y está todo, totalmente, amándome, y es el amor infinito.

Pero hay una oración mental que se denomina oración de fe; yo la llamo también oración de esperanza. Porque se espera la unión con Dios y los efectos amorosos de la presencia de Dios.

CAPITULO XXII

ORACION DE FE

La vida del alma de oración es darse cuenta de que vive con Dios; de que vive en el mismo Dios y Dios en ella; de que vive para Dios y Dios para ella; es tratar directa y familiarmente con Dios y tratar de mutuo amor: el alma está pidiendo el amor a Dios y ofreciéndole todo su amor. Dios está comunicando divino amor al alma; el alma, recibéndolo agradecidísima y aprovechándolo para amar siempre más.

La vida del alma de oración es dar gloria a Dios santificándose con la práctica de las virtudes y santificando las almas de los demás hombres con su ejemplo, con las virtudes, con la expiación y con la súplica. Es vida interior de amor divino, que produce al exterior la floración de las virtudes. El alma de oración es un rosal florecido en todas las virtudes y llena el ambiente de fragancia divina y santifica el mundo.

La vida interior y la vida de oración es toda vida de fe, de la altísima y más hermosa realidad de la fe. Es la realidad de la fe, que siempre crece en el alma y la santifica; es la fe que hace cada vez más límpido el cristal de las puertas del cielo, obra los milagros y deifica las almas.

Dándose el alma cuenta de que la oración es trato íntimo y confidencial de amor con Dios, y sabiendo, aun cuando sea muy oscuramente por la fe, que Dios es el ser infinito, eterno, increado, el Sumo Bien, la Suma Sabiduría, Hermosura y Bondad, que Dios es el Ser increado, Creador y Conservador de todo cuanto existe y haya de existir, de inmensa Majestad, pondrá toda su atención en Dios con la mayor reverencia y el más inexplicable agrado para escucharle, para mirarle con los ojos de la fe, para pedirle y ofrecérsele.

Si no hay hermosura, ni encanto, ni bondad como esta hermosura, encanto y bondad de Dios, de quien reciben todas las criaturas la bondad y hermosura que tienen, el alma debe poner todo su esmero y capacidad en prestar toda su atención a este Sumo Bien, ante el cual todo bien y toda hermosura es como nada y sombra de nada, y de esta bondad infinita ha de recibir cuanto espera recibir. No prestar toda la atención sería hacer de menos a esta infinita Bondad y mirar lo feo dejando lo

hermoso. Santa Teresa decía: *Ya dicho se está que no se sufre hablar con Dios y con el mundo...*

Intento ahora dar a conocer, a quienes aún lo ignoran, lo que es esta oración de fe, de tanta eficacia para la vida interior y para la santidad. Ya con lo expuesto anteriormente se habrá formado alguna noción, aun cuando imprecisa, del modo de tenerla y vivirla.

El cristiano vive de fe. La oración es actualidad de la fe. Las potencias del alma intervienen activamente en la oración con sus operaciones naturales ayudadas de la imaginación y de los sentidos, que producen las impresiones y afectos sensibles y mueven a su vez a hacer los propósitos.

Pero llega un momento en que parece que las potencias y aun los sentidos se paralizan y dejan de percibir afectuosamente esas sensaciones. No por eso ha de abandonar el alma la oración ni acortar el tiempo dedicado a la oración, aun cuando tenga una especie de sensación de desconsuelo de que no hace nada, porque no la es fácil discurrir ni mover los afectos. Es entonces cuando más ha de esmerarse en la oración y en la delicadeza o limpieza de conciencia.

Esta oración ha de ser de mayor confianza en Dios poniendo más continua y más suave o sosegada y sencilla atención con la mirada en Dios o

con la mirada en un paso de la vida de Jesús. El alma mira que está en Dios, envuelta en Dios, empapada en Dios, atenta a Dios. Dios no tiene figura, ni límites ni contornos, y por eso es simplicísimo acto puro en infinita actividad y perfección. Dios es el Ser infinito y en ese Ser infinito en toda perfección está el alma y ese Ser infinito está en el alma, está en mí ahora. Persevera metida en el horno de amor de Dios y envuelta en sus llamas, aunque no siente que arde.

O mira a Jesús en un paso de su vida y está con El, le tiene dentro de sí o delante de sí y le mira y habla.

Ya transcribí antes las palabras de Santa Teresa en que decía se veía toda engolfada en Dios, no se veía con la vista del cuerpo, sino con la vista de la fe, o veía junto a mí a Jesús. *En ninguna manera podía dudar que estaba (Dios) dentro de mí y yo toda engolfada en El (Vida, 10, 1). Tenía este modo de oración..., sólo podía pensar en Cristo como hombre; mas es así que jamás le pude representar en mí... sino como quien está ciego y a oscuras, que aunque habla con una persona... y sabe cierto que está allí..., mas no le ve (Vida, 9, 6).*

Es el *mire que le mira* que tan repetidamente inculca la Santa. Es la *atención amorosa a Dios* tan encarecida de San Juan de la Cruz. Es el *no os pide*

más que le miréis. Esa mirada se grabará en el alma y la arrebatará.

La oración de fe es esa grandeza de saber el alma que está engolfada en Dios y empapada en su bondad. Mírase junto a Jesús o mira a Jesús dentro del alma.

Santa Teresa habla de la percepción de ese sentimiento dulcísimo. La oración de fe es darse cuenta y prestar atención a esa misma altísima realidad sin el sentimiento o con el sentimiento dulcísimo; con dolorosa y seca o con inimaginable realidad, ya que ningún gusto de la tierra ni ensueño alguno de delicia puede asemejársele.

El afecto, o sentimiento o la insensibilidad ni importan para la realidad de la obra sobrenatural maravillosa que Dios está obrando en el alma, ni impiden esa obra. La oración no es alta, ni es sobrenatural ni maravilla de Dios por lo que yo obro, sino por lo que Dios obra en mi alma. Si yo me arrojo a un estanque de perfume, se empapan mis vestidos de fragancia. Si me pongo al sol, recibe mi cuerpo los efectos del sol. Si yo respiro, entra el oxígeno hasta los más profundos alvéolos de mis pulmones y lo hago mío. Si yo estoy en la llama de amor de Dios me hará llama, aunque me parezca soy hielo.

Tanto más obrará la bondad de Dios en el alma

cuanto el alma más desea ponerse en Dios y unirse a Dios y está más transparente. La madre abraza y besa más al niño cuanto el niño puede menos. Dios no es menos madre.

Cuando yo me pongo en Dios por la atención humilde y amorosa, más obra Dios en mi alma como Dios santificador y como Padre de infinito amor. Yo pongo mi alma toda en Dios por la atención de fe a Dios infinito. En esa atención donde mi entendimiento y mi voluntad sin razonamientos ni discursos se unen a su esencia, a su verdad y a su amor, le digo todo y lo espero todo y lo pido todo. Esta esencia de Dios no deja de obrar en mí su obra.

La fe me enseña que estoy sumergido no en un estanque de perfume, no en la atmósfera de luz ni en el calor del sol, no respirando oxígeno, sino que estoy todo en Dios y con Dios y Dios está todo y totalmente en mí. Estoy suavemente atento a Dios y los ojos amorosos de Dios me miran y estrechan los brazos santificadores de su bondad, y me traspasan y me abrasan insensiblemente como rayos ultrarrojos en amor para transformarme y divinizarme. Sé que estoy saturado de Dios como algodón empapado en perfume.

Me doy cuenta sensible o insensiblemente, afectuosa o secamente que la luz de Dios, y el calor y el amor de Dios están en mí y con mi atención

amorosa y humilde los hago míos; estoy respirando santidad. No necesito nada más que estar atento con agradecida humildad, y mirarme envuelto y vivificado por Dios, bien sea en silencio, bien sea expresándolo con jaculatorias, que es muy conveniente decir de cuando en cuando, pues avivan el amor. En la seca aridez obra Dios más eficazmente y suele realizar la unión de amor con el alma.

Se acercó un día la Hermana Isabel de San Francisco a su Superiora, que era la Venerable Isabel de Santo Domingo, y lamentándose la dijo que no sabía ni podría nunca hacer oración. La Venerable la dijo cariñosa: *Póngase aquí a mi lado y entregue muy de veras su corazón a Nuestro Señor y pídale que le dé el suyo y ésta será su oración de aquí adelante.* La Hermana, obediente y confiada, lo hizo y muy pronto tuvo muy alta oración. Su vida siempre había sido santa.

Me contaba Don Ricardo Fernández Hontoria, señor muy espiritual y caritativo, que su familia había preparado a dos sobrinos suyos para hacer la primera comunión, inculcándoles se diesen cuenta de que recibían en la Eucaristía al mismo Jesús-Dios. Comulgaron los niños y les esperaban después los familiares para el alegre festejo de familia. Como uno de los niños tardase en reunirse, fueron a la capilla a buscarle, y cuando le indicaron que toda la familia reunida le esperaba, contestó el niño

con toda su inocencia: *Anda, ahora que estaba contando a Jesús lo más bonito...* El niño gozaba en contar a Jesús el cuento más bonito que sabía como a un amiguito amable mirándole en su compañía. ¿No he detener yo siquiera la fe de un niño que mira a Jesús realmente presente? ¿No obrará Jesús en mí y no me dará lo que dio y obró en la Hermana Isabel, porque se lo pedía y se lo pedía con fe?

Pues si yo estoy dándome cuenta de que trato con Dios; si yo estoy amorosamente atento a Dios hablándole o en silencio, Dios no dejará de obrar en mi alma su obra. Me llenará, me empapará, me transformará, me santificará. Dios me comunicará su vida, vida de amor divino, que es sabiduría y vida de cielo.

Santa Teresa me describe esta oración de fe como ella la hacía en la comunión. Muchas mercedes la hizo el Señor en la Eucaristía y cuando le recibía en la comunión. Después de comulgar hizo con ella el matrimonio espiritual, la encargó de su honra y la dijo: *Mi honra es tuya y la tuya mía.*

Después de comulgar decía que eran los momentos más a propósito para negociar con Dios y alcanzar las peticiones para sí y para la Iglesia y para las almas, y quería se estuviera muy detenidamente con el Señor porque entonces estaba realmente presente Jesús en cuerpo y alma.

De sí misma dice: *Que muchos años..., cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada a Cristo, procuraba... esforzar la fe para creer era lo mismo y le tenía en casa tan pobre como la suya y desocupábase en todas las cosas exteriores y poníase a un rincón, procurando recoger los sentidos para estar-se con su Señor a solas, y considerábase a sus pies, y estábase allí, aunque no sintiese devoción, hablando con El.*

Porque... está dentro de nosotros... sabemos mientras no consume el calor natural los accidentes del pan, que está con nosotros el buen Jesús... Pues si cuando andaba por el mundo, de sólo tocar a su ropa sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si yo tengo fe, y me dará todo lo que le pidiere, pues está en mi casa? (Camino, Escorial 61, 4-5).

Como Santa Teresa estaba con Jesús y le consideraba real, como lo está en la Eucaristía, debemos mirarle todos y recogernos y estar detenidamente atentos a El hablándole y pidiéndole. Dichosa y muy dichosa atención esta que parece poner al alma en descansado ocio y es la más santa y eficaz actividad. Jesús empapa al alma en gracia sobrenatural y concede las peticiones y confianzas del alma. Nada importa esté en sequedad o derritiéndose en ternura. El que obra, y muy maravillosa-

mente, es Jesús-Dios. Puedo y debo decir: ¡Estoy con Dios! ¡Dios está conmigo dándome el ser natural y el sobrenatural y la sabiduría de la santidad y del amor! Estoy empapado en Dios. Jesús se me ha dado.

Son maravillosos los efectos de la oración de fe. La naturaleza me presenta muchos hechos análogos que me lo hacen claramente comprender.

Cuando en los días fríos de invierno se sienten los miembros fríos y ateridos, con sólo ver brillar el sol parece se alegra todo el cuerpo y con delicioso solaz se pone uno a tomar el sol, el cual acaricia con sus rayos el cuerpo y produce la agradable reacción de calor y de bienestar en todo el ser.

El cuerpo no da nada al sol, no ha hecho otra cosa que ponerse ante sus rayos y el sol produce sus benéficos efectos. Este sol que yo estoy tomando lo hago mío, y el que está a mi lado lo hace suyo sin perjuicio para mí ni yo para él. El sol magnánimo y generoso me calienta a mí y calienta a millones de hombres y a toda la naturaleza, iluminándola y llenándola de hermosura, de lozanía y de vida.

En la oración no tengo que hacer nada más que recogerme fijando con humildad mi atención en Dios y sé con toda certeza que aun cuando no sea de modo sensible, desde el momento en que me pongo ante Dios, Dios me envuelve en especial

amor, me penetra, hace en mí los efectos maravillosos de la vida espiritual y sobrenatural. Es Dios quien lo hace; yo no necesito nada más que querer y determinarme a estar ante El y con El.

La oración es grande por lo que se recibe de Dios. Hago mío a Dios y Dios se hace mío y de todo el que ora. Dios es para todos.

No veo el aire, pero el aire me rodea y envuelve; es vida para mí y lo es para la naturaleza toda. De modo parecido hago mío a Dios, a quien no veo, pero le estoy respirando en la oración. Le estoy haciendo vida mía.

En la oración de fe, y asegurado por la fe, me doy cuenta de que estoy con Dios, de que deseo amar a Dios y Dios está conmigo amándome. La fe me enseña con toda certeza que en la Eucaristía está realmente el mismo Jesucristo que está en el cielo y está en cuerpo y alma cuando le recibo en la comunión, estoy con El, le acompaño, le hablo y le pido como si estuviera con El en el cielo y debo ofrecirme y pedirle con la misma confianza y el mismo amor. ¿No te miraré yo, Dios mío, y te acompañaré y amaré en la oración como un niño en compañía de su padre? ¿No me dejaré abrazar y amar como un niño en los brazos de los padres? ¿No me enseñarás Tú y me colmarás de tu amor? ¿No me gozaré de estar Contigo?

La misma Santa Teresa me dice: *Mas acabando de recibir al Señor, teniendo la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, y miraos al corazón. Que yo os digo... que si tomáis esta costumbre de estaros con El..., que no viene tan disfrazado que de muchas maneras no se da a conocer conforme al deseo que vos tenéis de verle; y tanto lo podéis desear que se os descubra del todo.*

Mas si no hacéis caso de El en recibéndole..., ¿qué queréis que haga? ¿Os ha de traer por fuerza a que le veáis y os estéis con El? (Camino, Escorial 6I, IO).

Acude el alma a la oración porque ama, desea amar más y pide a Dios su amor.

Mire el alma dentro de sí este sol que nos dice ella: *La fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma no pierde su resplandor y hermosura que siempre está dentro de ella (Moradas, II, cap. 2, 3). Se entiende claro que hay en lo interior... sol de donde procede una gran luz, que envía a las potencias de lo interior del alma (Moradas, VII, cap. 2, 8).*

El alma está con los ojos fijos en este Sol divino que brilla en su interior, en esta llama de amor que luce y abraza: *De mi alma en el más profundo centro.*

CAPITULO XXIII

MARAVILLOSOS Y SOBRENATURALES EFECTOS DE LA ORACION DE FE

Después de comulgar el niño hablaba con Jesús como con un amiguito presente. ¿No tendré yo siquiera la fe de un niño? ¿No me persuadiré con toda certeza de que Dios está todo en mí y yo todo en Dios? ¿No me fijaré bien que todo mi interior y mi alma están patentes a los ojos de Dios? Después de comulgar, ¿no me detendré acompañando a Jesús y conversando con El y pidiéndole y ofreciéndome y dándome cuenta de que está realmente presente conmigo? Dios mío, si mi fe estuviera viva, ¡qué sencilla y fácil se me haría la oración y qué íntima y alta sería mi oración! ¡Qué bien y con qué interés y confianza negociaríá los negocios de Dios y de mi alma, y aun de todas las almas, tratándolos directa y confidencialmente con Dios, y me olvidaría de todo lo ajeno a esto, como me olvido cuando voy a tratar algo importante con una persona influyente!

Por mirar presente a Jesús, por estar con Dios me dice Santa Teresa: *Tengo para mí que por aquí ganó mucho mi alma, porque comencé a tener oración sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto* (Vida, 9, 4). No habla aquí de la oración de fe que ahora trato.

Quiero continuar aclarando cuanto pueda esta oración de fe.

A Dios no le puedo ver. A Dios no le puedo oír ni tocar. A Dios no le puedo imaginar como es, ni con semejanza siquiera, porque Dios es puro espíritu y porque Dios supera toda imagen y toda comprensión. Cuanto yo pretenda detallar más a Dios y particularizarle, ya sea en fantasías, ya sea en sentimientos, más me alejo de la altísima realidad de Dios, que no tiene imagen ni es sensible. Lo que mi alma imagina y siente no es Dios, aun cuando sea misericordiosa inspiración y merced de Dios. Porque Dios no cabe en los sentidos ni en las potencias de mi alma en esta vida. Pero Dios está en mi alma y obra maravillosamente en mi alma si yo me recojo con El, si yo atiendo a Dios, si le miro con mirada de fe, si humildemente me uno a El.

Para hablar con Dios y para pedir a Dios y ofrecerme no necesito palabras ni necesito imágenes aun cuando las palabras y las imágenes me puedan

ayudar mucho para despertar en mí el recogimiento, el afecto religioso y la devoción. Para hablar y comunicarme con Dios no necesito nada más que mirar a Dios con mirada y atención de fe. Puedo decir palabras y estar distraído. Pero si tengo mi atención en Dios, no estoy distraído ni cabe la distracción, sino que estoy atento y uno actualmente mi alma por la voluntad y el entendimiento a Dios en Sí mismo, en su esencia, en su entendimiento, en su voluntad. Estoy escuchando, aprendiendo, recibiendo de Dios. Dios pone en mí y me comunica de sus perfecciones sin ideas ni imágenes concretas y detalladas, sino con un sobreentender superior al ordinario entender del hombre o también por imágenes e ideas.

Sin saber lo que es Dios, porque no puedo saber científicamente lo que es la esencia de Dios ni sus perfecciones en detalle, puedo mirar a Dios y debo mirar a Dios sabiendo que es el infinito, el sobre toda perfección, el sumo bien y bondad sin límites. Me lo dice la fe. Es el más alto conocimiento y más cierto que puedo tener mientras viva en la tierra.

Para esta perfecta y altísima e íntima oración de fe no tengo nada más que mirarme a mí lleno de Dios, que es todo amor, todo hermosura y santidad y atenderle y pedirle su amor y dejarme llenar de Dios estando atento a El.

Debo ayudarme de jaculatorias espaciadas y de súplicas y de propósitos y determinaciones, como antes indiqué; pero Dios está muy por encima de todo. Dios es el amor infinitamente amable y el santificador de los hombres y de los ángeles.

A Dios se va y llega por la fe y se le mira y escucha por la fe; esta fe viva produce la gracia y las virtudes. Directamente es la gracia la que une con Dios.

La fe enseña a recibir a Dios no conociendo, sino viviendo la gracia y las virtudes por encima de todo conocer y entender. Dios es luz indeficiente.

El alma en la oración de fe está callada, atenta; sabe que está envuelta, toda empapada y penetrada de Dios y que Dios está empapándola en amor. En ese silencio, ama, admira, agradece, recibe. Está con Dios y quiere estar con Dios y no apartarse de El. Sabe que Dios está llenándola de lo sobrenatural. Lo mismo tiene esta oración un niño que un anciano. Lo mismo el que no tiene conocimientos científicos que el que cree poseer todas las ciencias. Dios supera todo conocer, y todo saber, y toda hermosura y bondad. Dios está obrando en el alma la más sobrenatural maravilla, pues la está transformando en amor y uniéndola a Sí, no en afecto, sino en realidad de amor. El alma se deja transformar en amor divino. Es Dios quien la trans-

forma y ella se deja transformar, se deja quemar.

San Juan de la Cruz me da una admirable y muy clara explicación y me dice los inexplicables efectos santificadores que produce, cómo se ha de tratar a Dios y cómo se ha de hacer esta oración de fe. Se basa en un principio firmísimo de filosofía, pero poco recordado: Dios obra por su ser. El que se ha de venir a juntar con Dios en unión de amor, ha de ir no entendiendo, sino creyendo el ser de Dios o sobre entendiendo por la fe, y estar con Dios y esperar a Dios en silencio de sentidos y de potencias.

De este modo infunde Dios su luz y su gracia en las almas. La oración de fe y de esperanza enseña al alma a dar el vuelo atrevido de humildad y de amor hacia Dios, remontándola sobre toda consideración y sobre todo entender y llenándola de esa luz sobrenatural superior a toda luz y a todo conocimiento. Cuanto el alma quiere precisar y detallar más el concepto de Dios, tiene menor concepto de lo infinito de Dios, pues Dios no cabe en concepto ni puede ser entendido y la fe me enseña que Dios es sobre todo concepto, sobre toda perfección y que no tiene límite ni puede ser imaginado y que Dios está en mí y está en todas las cosas llenándome. La fe con la gracia me unen a Dios, llenan mi alma del amor y de la luz de Dios infinito.

Dice el Santo: *El que se ha de venir a juntar*

en una unión con Dios, no ha de ir entendiendo, ni arrimándose al gusto, ni al sentido, ni a la imaginación, sino creyendo su ser, que no cae en entendimiento, ni apetito, ni imaginación, ni en algún otro sentido, ni en esta vida se puede saber; antes en ella, lo más que se puede sentir y gustar de Dios, dista en infinita manera de Dios y del poseerle puramente... Como quiera que el alma pretenda unirse por gracia perfectamente en esta vida con aquello que por gloria ha de estar unido en la otra..., claro está que para venir a unirse en esta vida con ello por gracia y por amor perfectamente, ha de ser a oscuras de todo cuanto puede entrar en el ojo y de todo lo que se puede recibir con el oído y se puede imaginar con la fantasía y comprender con el corazón, que aquí significa el alma. Y así grandemente se estorba un alma para venir a este alto estado de unión con Dios cuando se ase (se apegas) a algún entender, o sentir, o imaginar, o parecer, o voluntad o modo suyo, o cualquier otra cosa u obra propia, no sabiéndose desasir y desnudar de todo ello; porque a lo que va es sobre todo eso, aunque sea lo más que se puede saber o gustar; y así, sobre todo se ha de pasar al no saber...

Trasponiéndose a todo lo que espiritual y naturalmente puede saber y entender, ha de desear el alma con todo deseo venir a aquello que en esta vida no puede saber ni caer en su corazón; y dejando atrás todo lo que temporal y espiritualmente

gusta y siente, y puede gustar y sentir en esta vida, ha de desear con todo deseo venir a aquello que excede todo sentimiento y gusto. Y para quedar libre y vacía para ello, en ninguna manera ha de hacer presa en cuanto en su alma se recibiere espiritual o sensitivamente..., teniéndolo todo por mucho menos. Porque cuanto más piensa que es aquello que entiende, gusta o imagina, y cuanto más lo estima, ahora sea espiritual, ahora no, tanto más quita del supremo bien y más se retarda de ir a él; y cuanto menos piensa qué es lo que puede tener (por más que ello sea), en respecto del sumo bien, tanto más pone en él y le estima y, por consiguien-te, tanto más se llega a él (Subida, libro 2, cap. 4, 4-5-6).

La oración de fe es silencio de potencias y sentidos, pero es atención y la actividad más intensa y provechosa. El alma se mira y se considera llena y envuelta y empapada en la presencia de Dios y en el mismo Dios, sin imagen, pero real, infinito, santificador y, atenta a Dios, se deja llenar y recibe la misteriosa sabiduría de Dios que se le está infundiendo insensiblemente. Dios de modo misterioso y secreto está transformando el alma en amor. El alma no discurre, no imagina; mira, atiende, suplica, agradece, recibe la luz divina, se ve como un cantarito sumergido y lleno de líquido y en silencio de Dios o como un duro canto; pero un canto metido largo tiempo en el agua, también recibe

humedad en lo interior y en el exterior está todo envuelto y mojado en el agua. Una astilla puesta en el fuego arde y el alma que se pone en Dios se hace fuego de Dios.

De esta oración callada de recogimiento dice Fray Juan de los Angeles: *El alma no querría que hubiese ni aun aquello (una centellica pequeña), sino morir en el Señor y toda perderse allí por El. Algunas veces parece que totalmente cesa el entendimiento, como si el alma no fuese intelectual; mas luego se torna a descubrir la centella viva de la simple inteligencia o conocimiento, y en aquel dejar de entender es donde el alma recibe mayor gracia; y cuando revive y se halla con ella, se admira y no sabe por dónde ni cómo la hubo; y codiciosa de más, querría volver a mortificarse, ninguna cosa entendiendo; y como quien se zambulle en el agua y sale de nuevo con lo que deseaba en las manos, así se encierra dentro de sí y se zambulle en Dios, de donde suele salir llena de espirituales riquezas. Aquí se olvidan las horas como si fueran momentos (Fr. Juan de los Angeles, Conquista del Reino de Dios, diál. X, pf. VI).*

... Y si en el silencio recibieres enojo y pesadumbre y fueres hecho grave a ti mismo, y piensas por esto que sin provecho reposas, espera y venza ese enojo la tardanza porfiosa, porque en ninguna manera burlará Dios de ti (Idem, ídem, pf. VIII).

En la oración de fe el alma espera a Dios, pero le espera en el mismo Dios. Esté en ternura y deleite, o en sequedad y aburrimiento, sabe que está con Dios y la empapa y la ilumina y está con ella y en ella transformándola. El alma está en Dios recibiendo la obra de Dios, dejándose transformar. Así pasaron los santos orando días y noches y así orando se dispusieron para recibir las mercedes que el Señor tuvo a bien comunicarles. Así oraba con la mayor limpieza de conciencia Santa Teresa y nos dice lo que Dios llegó a obrar en su alma.

Esta oración no admite engaño ni anchuras: *Esto tiene este modo de proceder sin discurso del entendimiento, que el alma ha de estar muy ganada o perdida, digo perdida la consideración. En aprovechando aprovecha mucho, porque es en amar (Vida, 9, 5).* Es oración de amor y atención de amor, porque es de fe. La ayudaban a avivar el amor las bellezas de la naturaleza, obras del Amado.

Es esta oración una centellica que comienza el Señor a encender en el alma del verdadero amor suyo... Esta quietud, y recogimiento y centellica..., por pequeñita que es, hace mucho ruido; y si no la mata por su culpa, ésta es la que comienza a encender el gran fuego que echa llamas de sí... Es esta centella una señal o prenda que da Dios a esta alma de que la escoge ya para grandes cosas, si ella se aparea para recibirlas... Conozco muchas almas que

llegan aquí; y que pasen de aquí como han de pasar, son tan pocas que me hace vergüenza decirlo..., pues que parece las escoge Dios para provecho de muchas almas, en especial en estos tiempos, que son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos...

Lo que ha de hacer el alma en los tiempos de esta quietud no es más de con suavidad y sin ruido... la voluntad con sosiego y cordura entienda que no se negocia bien con Dios a fuerza de brazos... Y no haga caso del entendimiento que es un moledor... Mas la voluntad, con sosiego, con no osar levantar los ojos con el publicano, hace más hacimiento de gracias, que cuando el entendimiento, con trastornar la retórica, puede hacer (Vida, 15, 4-9).

Orando con esta oración, y viviendo muy santa vida y muy recogidamente se preparó Santa Teresa para recibir los grandes efectos de esta oración que veremos con sus mismas palabras. Aun me parece que mirando a Dios dentro de sí misma, y atendiendo a Dios que la llenaba y rodeaba, contribuía naturalmente a estos efectos sobrenaturales.

Y los efectos eran la comunicación que Dios tenía con ella y la compañía que la hacía, casi continuamente y de modo sensible y gratísimo. Este acompañamiento era de Jesús en su humanidad y de Dios en su divinidad.

Vi cabe mí, o sentí, por mejor decir (que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada), mas parecíame estaba junto cabe mí Cristo y veía ser El el que me hablaba, a mi parecer... Parecíame andar siempre a mi lado Jhesucristo y, como no era visión imaginaria, no veía en qué forma; mas estar siempre al lado derecho sentíalo muy claro y que era testigo de todo lo que hacía (Vida, 27, 2).

A los muchos efectos de esta compañía y vista de Dios recordemos lo que escribe en la Séptima Morada: *Quiere ya nuestro buen Dios quitarla las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña; y metida en aquella morada por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu a manera de una nube de grandísima claridad, y estas personas distintas, y por una noticia admirable que se da a el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia y un poder, y un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: Que vendría El y el Padre y el Espiritu Santo a*

morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos... Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve... que están en lo interior de su alma, en lo muy interior; en una cosa muy honda... siente en sí esta divina compañía... y si no falta a Dios el alma, jamás El la faltará... de darse a conocer tan conocidamente su presencia (Moradas, VII, 1, 7-8).

Y un año antes de su muerte escribía: *Siempre se anda esta visión intelectual de estas tres Personas y de la Humanidad, que es... cosa muy subida (Relación, 66). Miraba dentro de su pecho cómo brillaba este Sol divino y la iluminaba toda.*

Llegó Santa Teresa, en cuanto en esta vida mortal, cabe, a llevar el cielo en su alma, pues veía llevaba a Dios y llena de gozo se complacía en las palabras que Jesús la dijo: *No te inquietes por nada; goza del bien que te ha sido dado, que es muy grande; mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama (Relación, 31).* Llegó al gozo de la unión de amor más alta y sobrenatural, como llegó San Juan de la Cruz cuando lleno de alegría cantaba a Dios dentro de sí y decía: *Vivo en la Santísima Trinidad. ¡Y qué vida de amor tan soberano e inconcebible!*

Esta es la oración de unión de amor con Dios para la cual nos ha creado y nos llama. Hace la

unión en la oración y ordinariamente en la oración de aridez y oscura. Es la realidad del amor divino.

Fortalecida esta alma en la oración, humildad y limpieza de conciencia por la mano de Dios, dijo con verdad :

Por una extraña manera
mil vuelos pasé de un vuelo,
porque esperanza del cielo
tanto alcanza cuanto espera.

No se desaliente el alma porque no siente en su oración los afectos y la ternura o fervor que desearía y se había figurado. La oración es más que eso: es entrega, atención, súplica, espera.

Santa Teresa me enseña con muy claras y expresivas palabras que la oración está por encima del afecto y es la que deja mejores determinaciones y propósitos. Dice así: *El caso es que en estas cosas interiores de espíritu, la que más acepta y acertada es, es la que deja mejores deseos... Llamo deseos confirmados con obras, y que los deseos que tiene de la honra de Dios se parezcan en mirar por ella muy de veras y emplear su memoria y entendimiento en cómo agradecerle y mostrar más el amor que le tiene.*

Oh, que esta es la verdadera oración y no unos gustos. para nuestro gusto no más; y cuando se

ofrece lo que he dicho, mucha flojedad y temores y sentimientos de si hay falta de nuestra estima. Yo no desearía otra oración sino la que me hiciese crecer las virtudes. Si es con grandes tentaciones, y sequedades y tribulaciones, y esto me dejase más humilde, esto tendría por buena oración (Cartas, 122, al padre Gracián).

Permaneciendo largas horas de la noche la Hermana Mariana, Carmelita Descalza de Madrid, en esta oración de fe en aridez, desolación y prueba, dio la magnífica y sencillísima definición cuando la preguntaron qué hacía tantas horas y respondió: *Estoy dejándome amar de Dios. ¡Es tan sencillo dejarse amar de Dios! ¿Quién no puede hacerla?*

Esta oración de fe y muy alta tenía la Venerable María Díaz, amiga de Santa Teresa, cuando respondía a los que la preguntaban: *Buena o mala todo el día y casi toda la noche tengo oración. Muchas veces me estoy esperando el favor que Dios me quiere hacer, procurando para ello, cual fina amante, galantearle. Otras le doy gracias por tantos beneficios como su Majestad me ha hecho y cada día me hace.*